LA MAÑANA

No paraba de llover. El cielo amenazante se erguía sobre la tarde enfurecida y tristemente gris. La gente corría de un lado para otro gritando desesperada, tratando de salvar televisores, ordenadores, zapatos... Era la tormenta más terrible del milenio. No había parado de llover en quince días. Las calles, atestadas de basura flotante, dejaban ver un triste espectáculo... Todo estaba inundado. Las cloacas despedían olores nauseabundos; de ellas brotaban a borbotones un agua «amarronada».

Algo raro estaba pasando: la desesperación crecía día a día, la gente no comprendía, el servicio meteorológico no daba respuestas satisfactorias y los medios de comunicación, como ya sabemos, entre la gente, con las cámaras mojadas hasta el último tornillo, tratando de tener la primicia del primer ahogado.

Los truenos no cesaban y el agua era implacable, imparable. Desesperación, gritos, pánico. La ciudad sumida en una pesadilla horrenda. Mi ciudad de todos los días, las calles por las cuales caminé tantas mañanas hacia el trabajo. Repentinamente, seguida de un poderoso y blanquecino rayo, una especie de plataforma color plata, brillante como un espejo, descendió de las nubes.

De entre la neblina, como una princesa, apareció una joven extremadamente alta, esbelta y hermosa. Su piel, azulina. Sus ojos color violáceo, enormes y transparentes, transmitían paz y una tranquilidad que ya no se recordaba. Simplemente, sonrió. Inmediatamente, la gente comenzó a postrarse ante ella, llorando y pidiendo clemencia. Algunos intentaban trepar al plateado artefacto y otros trataban de besar los pies de aquel ser, a quien comenzó a desdibujársele la sonrisa para transformarse en una mueca de tristeza y disgusto. Penetró en la nave; la gente quedó en silencio. Un silencio mudo y desolador. Sólo el persistente sonido de las gotas que no dejaban de derramarse sobre nuestras cabezas. En unos segundos, el ser volvió a salir.

Comenzó a hablar en un idioma desconocido, pero los sonidos de esas palabras se traducían como ideas en nuestra mente: las catástrofes más grandes por las que había pasado la Tierra; seres de todas las razas intentando sobrevivir al fuego, al agua; la naturaleza rebelándose contra la injusticia del hombre; el sol calcinante y la tierra sin protección, todo su escudo destruido; los árboles ardiendo y selvas enteras devastadas, los recursos más importantes en cuanto a salud exterminados; los pájaros huyendo a quién sabe dónde; los ríos, ya sin cauce, contaminados por el odio y la indiferencia; mares embravecidos derrotando a las playas, ganándoles espacio, cada vez más espacio..., y la Tierra, como un ser viviente, palpitante, llorando su tristeza. La falta de amor... La imagen de un niño. Un niño llorando solo. Unos brazos que se le acercan para acunarlo. Una imagen del amor, algo que quizá podríamos comprender. Así, la Tierra nos había cobijado durante milenios; todos los colores imaginados estaban ahí, todas las formas, todos los olores que el aire se encargaba de transportar de aquí hacia allá y los seres en armonía conviviendo en paz. Atardeceres dorados que seguían a noches perfumadas de azahar. Amaneceres rosados coloreados de melodías de ensueño, interpretadas por los príncipes del aire. Los frutos, rebosantes de color, brotando de la tierra en una secuencia rigurosa. La perfecta matemática de Dios, a la vista en la perfección de cada ser viviente. Y los niños. La blanca sabiduría, conservada en un pequeño y simpático envase de piel suave y ojos de sonrisa. Las futuras semillas de la nueva humanidad, la esperanza condensada en esas almas sedientas de conducimos de vuelta a la inocencia original. La imaginación al servicio del corazón, soñando con un mañana mejor...

Creo que pasaron horas; la lluvia se había transformado en una persistente garúa que helaba los huesos. El ser juntó las manos en el centro de su pecho y con una mirada que lo dijo todo, simplemente desapareció justo un segundo antes de que... un trueno ensordecedor me sobresaltara.

Miré por la ventana. Había comenzado a llover. Mi mujer dormía. Corrí hacia la habitación de mis hijos y cerré las ventanas, como queriendo protegerlos de un mañana aterrador que acechaba tras los vidrios.

Una media sonrisa se dibujaba en la cara del más pequeño. Sus mejillas, rosadas por el calor de la frazada que lo envolvía, y los sueños más puros que inundaban ahora su mundo, llegaron como una flecha de fuego a mi pecho y se instalaron ahí para hacerme recordar al niño que yo también fui. En ese momento supe que su realidad iba a ser diferente a la mía. Porque él no soñaba con mundos que se destruían, no conocía la ambición, el egoísmo, el odio capaz de tanta contaminación... Todavía soñaba con un mañana mejor. Supe en ese momento que mi meta sería, desde esa mañana, preservarlo de aquel mundo terrible inventado por los grandes. Preservar esa inocencia. Sabía que si lo lograba, aunque yo no estuviera, estaría a salvo siempre. Al menos durante el día. Porque durante la noche, él había logrado ser el jinete de sus propios sueños.

Moraleja:
Ojalá fuésemos más conscientes del mundo que vamos creando y cómo nos vamos perdiendo de nuestro niño interior para adentramos en una selva difícil de habitar.

TAGS:
Naturaleza, ecología, infancia, ingenuidad,